

VERDE OLIVA

XAVIER ALCALÁ



Colección: Novela Histórica
www.nowtilus.com

Título: Verde oliva
Autor: © Xavier Alcalá

Copyright de la presente edición © 2012 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-354-7
Fecha de publicación: Mayo 2012

Impreso en Eslovenia
Imprime: Korotan Ljubljana
Depósito legal: M-12653-2012

A Sindo Seixido, obrero,
enlace de la guerrilla
antifranquista, que perdió
una guerra en España
y pudo ganar otra en Cuba.

In memoriam a don Manuel Fraga,
profesor, estadista, que no intervino
en la guerra de España y pensaba
que Cuba tardaría mucho
en ser libre.

A ambos mi agradecimiento
por cuanto me contaron de su Isla
Hechicera desde muy distantes
puntos de vista.

ÍNDICE

Nota del redactor al lector	11
Introducción. El fin de la historia	17
Capítulo 1. Golpe y contraataque.....	21
Capítulo 2. La entrega.....	51
Capítulo 3. Mily y Mariana	83
Capítulo 4. Entre famosos	113
Capítulo 5. Todos contra la paz	143
Capítulo 6. La decisión.....	177
Capítulo 7. Adiós a La Habana	209
Capítulo 8. Al pie de la sierra.....	241
Capítulo 9. Un ejército roto.....	273
Capítulo 10. El señor del quimono	305
Capítulo 11. Nunca, nunca, nunca.....	339
Epílogo necesario.....	369
Glosario	375

NOTA DEL REDACTOR AL LECTOR

Respetable lector, dueño de las páginas que siguen:

Antes de que empieces a leer la historia de Mariana, déjame que te cuente algo de intrahistoria y de prehistoria.

La intrahistoria comienza en una villa culta de la «costa de los indianos», marcada entre Santander y Coruña por casas modernistas con palmeras que intentan recordar a las del Caribe. Allí, durante un festejo literario conocí a Fe Rodríguez Rocha, quien contó una historia deliciosamente nostálgica sobre «gallegos» de Cuba. También habló de su amiga Juana Maseda Samartín, que había sido muy activa en la revolución contra Batista.

Fe me presentó a Juana, mujer sorprendente, al tiempo templada y apasionada. Hablaba de Eddy Chibás, de Fidel Castro y sus cuñados Díaz-Balart, de Chucho Montané, Raúl Roa, Hemingway, Miguel Ángel Quevedo, Luis Conte Agüero, Jorge Mañach, Ramiro Gómez Kemp, Alberto Baeza Flores, Francisco Carone Dede... como seres tangibles. Y también de los grandes criminales al servicio de Batista: Ventura (a quien Graham Greene llama Segura en *Our man in Havana*), Masferrer, Carratalá, Zayas... Los había tratado en persona. Más aún, había tratado a los militares que iban a perder la guerra, incluso al temido coronel Chaviano del cuartel de Moncada.

Sin los recuerdos y la documentación de Juana Maseda Samartín nunca se podrían haber escrito las aventuras y desventuras novelescas de Mariana, muchacha entregada a una mítica revolución contra el tirano que había sometido a la Isla Hechicera. Juana Maseda tuvo años de paciencia con este redactor, que da voz a Mariana. Me explicó lo que no está en los libros de Historia de Cuba y lo contrastó con recuerdos de otros «antiguos jóvenes» que vivieron como ella el batistato entre 1952 y 1958. También me entregó notas sobre sus propias vivencias; y, con el tiempo, iría corrigiendo detalles de la trama —complicadísima, secreta— en la que nuestra protagonista se vio envuelta...

Le pido disculpas a Juana por no haber podido incluir en una novela todo lo que me contó de su realidad personal, familiar, de los conocidos y los amigos de Cuba. Le estoy muy agradecido a ella y a las lectoras que, como ella, criticaron el texto literario desde un punto de vista femenino: María González Encinar, Tati Mancebo y Marilí Piñeiro. También agradezco las correcciones y mejoras de colegas escritores, destacando a Juan Ramón Allegue, que se llevó sorpresas al leer las andanzas de Mariana, y a Manuel Sánchez Dalama, que poco se sorprendió porque es hijo de un enlace de las guerrillas entre La Habana y Santiago...

En cuanto a la prehistoria de Mariana, anterior al momento en que ella empieza a narrar, se puede hablar de una sucesión de casualidades en tiempos duros. La heroína sin pretensiones pudo haber nacido en La Habana y criarse allí, desde siempre en el ambiente que conduciría a la rebelión contra Batista; pero vino al mundo en una aldea de la Mariña lucense mientras el médico le decía a su madre: «Haga fuerza, doña Dominga, que tengo mucho herido que curar». Era el 20 de julio de 1936.

Mariana pudo ser una gallega más y nunca ir a Cuba, ni de visita a sus familiares de allá. Pero a los catorce años desembarcaba del famoso *Marqués de Comillas* en el puerto de La Habana.

Mariana nació en España por culpa de un problema burocrático de su padre, Serafín del Perito.

Serafín era hijo del agrimensor más acreditado en la comarca. De pequeño tuvo la mejor escuela que había por allí y el refuerzo de un cura que enseñaba a los chicos valiosos, siempre

con intención de que acabasen en el seminario. Pero el Del Perito prefirió irse a La Habana.

Reclamado por un hermano suyo, allí hizo carrera variada, hasta llegar a empresario de panadería. Fue cantor de coro del Centro Gallego, donde conoció a Dominguita, hija de un fundador de la institución. Este «gallego de verdad», don Carlos, estaba casado con doña Ignacia, criolla que alardeaba de española e hija de un capitán del ejército derrotado por los mambises.

Serafín fue miembro de la asociación ABC y desde joven militó contra los abusos del poder y la corrupción. Cuando se casó con Minguita, en 1935, hacía poco que los esbirros de Batista —en su primera presidencia— habían asesinado al político revolucionario Antonio Guiteras. Eran tiempos inseguros en La Habana y Serafín entendió que era el momento de excusarse con un viaje a Galicia, para presentar a su esposa a la familia. Estarían un par de meses fuera.

Pero los mareos de Dominguita durante la travesía no se debieron sólo a las olas. Y, ya en su pueblo, Serafín se encontró con un problema: no podía salir de España antes de haber tramitado la exención del servicio militar, lo que llevaba años sin hacer en La Habana.

Los trámites militares se atrasaban y el embarazo de Dominga progresaba. Cuando se resolvió el papelorio, la embarazada ya no estaba para viajar ni en coche.

Después vino la guerra, y con ella la necesidad de un hombre en casa de la señora Carmen del Perito. Acabó la guerra grande y vino la guerra pequeña, el maquis. Entre los primeros recuerdos de Mariana están los camiones con soldados y guardias civiles, y los sucesos que contaban los más íntimos de la familia en torno a la chimenea cuando «la nena» se hacía la dormida en brazos de su madre.

Su padre escuchaba en la radio «emisoras prohibidas» y hablaba de guerra por todo el mundo. Eso duró mucho; Mariana era una niña mayor cuando leyó en los periódicos que el Japón se había rendido.

A pesar de la guerra mundial no faltó el correo entre España y Cuba. De La Habana llegaban cartas, fotos de la familia y revistas. Esteban, hermano de Minguita, mandaba asiduamente *Bohemia*. Sus

hermanas, publicaciones para señoras. De todo lo visto y leído, y de lo comentado por sus padres, Mariana se hizo la idea de que Cuba era un país de prodigios.

La abuela Carmen, tan amorosa, quedó imposibilitada y se fue yendo, consumiendo. A la altura de su fallecimiento Serafín y Dominga ya tenían preparada la vuelta a La Habana. Todavía hubo que esperar a que abogados, notarios y registradores empapelasen el patrimonio de Serafín para decirle adiós a un buen pedazo de vida.

Mariana soñaba y temía el adiós a la aldea, a la casona del Perito, a los campos, los prados, los pinares, la playa, el olor del pan cuando se cocía, las caras y las risas de las amigas y de los chicos que las miraban. Pero pudo más el sueño de viajar. Ya no era ir a Coruña, a ver los barcos en el puerto. Era embarcar, irse a otro mundo.



Y a otro mundo llegó, a una ciudad que no se imaginaba por mucho que dijeran de ella las fotos: enorme, llena de coches de película, calles donde sonaban continuamente músicas de radio y de altavoces; casas donde había cocinas de gas y frigidaires con refrescos, y cines en los que se estrenaban las películas recién salidas de Hollywood. Desde allí España parecía algo muy triste, de lo que se hablaba con pena. Mariana, agasajada por su familia, paseada por sus primos, sorprendida continuamente, se convenció, casi, de que había viajado a Marte.

Se zambulló en La Habana toda, como en las aguas de Tarará, playa exclusiva de sus primas. Se sumergió en Cuba, se vio cubana enseguida, absorbió el país como una esponja de las que embellecen el Mar de los Caraíbas. El Colegio Academia Baldor le marcó un camino de patria como a tantos que venían de fuera. Sus compañeros más próximos en el aula se apellidaban Moure, Müller y Muruyami y, aun así, se sentían cubanos.





A ellos como a sus colegas criollos de muchas generaciones, del mismo modo brutal, los iría a hacer mayores antes de tiempo la tiranía que se instauró el 10 de marzo de 1952.

INTRODUCCIÓN

EL FIN DE LA HISTORIA

Mi historia acaba el 1 de enero de 1959 en el único café de una población humilde de la costa de Lugo, cerca de Asturias. Ese día supimos que Batista había huido. Lo anunció la radio y lo confirmaron llamadas de La Habana a Ribadeo. «El Hombre se fue», decían. El señor Serafín, mi padre, contrastó informaciones. Doña Minguita la cubana, mi madre, se afligió muchísimo porque nuestra familia de allá estaba dividida entre batistianos y revolucionarios y las represalias enseguida iban a sentirse: la sangre no había corrido en balde durante siete años de tiranía.

Bien entrada la tarde, ya noche, los jóvenes del pueblo nos fuimos juntando a tomar los cafés que acabasen de serenar las cabezas, alegradas en el baile de fin de año. Hicimos piña los repatriados, escapados por suerte y con astucia cuando nuestras vidas nada valían en La Habana. Apenas hablábamos porque no teníamos sitio en el cuerpo para tanta felicidad. Habíamos vivido para ver el triunfo. Yo me puse a llorar sin sollozar, lágrimas que se me caían mientras la radio del señor Servando, entre botellas de Fundador y Anís del Mono, confirmaba a este lado del Atlántico lo que había pasado en la Jerusalén del Caribe.

A los que éramos miembros del Movimiento 26 de Julio (M-26-J) en la guerra contra Batista se nos unieron los amigos

que habían estado con nosotros un día antes en la fiesta de las uvas y la sidra. De vez en cuando se abría la puerta y, con el frío húmedo del invierno en la Mariña lucense, entraba alguien dispuesto a saber por «los rebeldes» qué significaba el triunfo de la Revolución.

Uno de los que abrió la puerta fue el que me había pronosticado la santera de La Víbora. Lo conocí de cerca la noche anterior, en el baile. Pero ya sabía de su existencia; lo había visto en foto en casa de sus padres, jurando bandera: buen porte con su uniforme y los guantes blancos, fusil levantado a pulso, bayoneta calada, gorra en la otra mano. Tenía un perfil como el de Rudolf Müller, nuestro ídolo de la Academia Baldor, de La Habana. Comparado con los soldados harapientos de mi prisión al pie de Sierra Maestra, aquel recluta español parecía un dios de la guerra.

Venía a saber noticias frescas y nos miramos, pupila contra pupila. En un momento se paró el mundo, dejé de oír hablas cubanas y recordé lo sucedido la Nochevieja.

Él esperó a que yo descansase de las varias piezas que me habían solicitado amigos suyos. Espaldas contra la pared, no sacaba a bailar a ninguna de las chicas que lo miraban en su traje oscuro, la corbata azul algo descolocada y el cuello de la camisa desabrochado.

Cuando creyó que se me habría pasado el cansancio, se acercó con una sonrisa segura y modesta al tiempo, me miró con ojos claros, verdosos, deseosos. No tuvo tiempo a solicitarme porque le tendí la mano. La orquesta se ponía a estropear un bolero que ensalzaba unos ojos negros, como los míos.

A la segunda pieza me dijo que habíamos salido juntos en una foto poco antes de marcharme a Cuba. Fue en la boda de su hermana y siempre que veía aquel retrato se preguntaba por mí.

—¿Cuántos años tenías cuando te fuiste? —preguntó sin perder el paso.

—Catorce.

—Pues entonces ya eras una mulleriña —y, al decirlo, se le subieron los colores a las mejillas...

Era él, el que veía la negra maga de La Víbora. Hasta él me había traído San Lázaro, Babalú-Ayé, el Muertero de la medalla pendiente de mi cuello.

Por eso no volví a Cuba para saborear el triunfo. Me fui quedando, cogida de su mano recia y tierna que acariciaba la cicatriz de bala en mi brazo. El nuevo gobierno me pidió que volviese, me ofrecía el puesto que había dejado...

Un día nos juramos fidelidad a la vista del Cantábrico azul pálido, tranquilo, rocas horadadas y hendidas por testigos. Entonces, sin mediar palabra, avancé hasta las olitas que se retiraban con la marea y lancé una pistola al agua. Después le entregué la medalla de san Lázaro con una promesa.

La cumplí. Le relaté los avatares de mi ilusión, de la ilusión de incontables muchachos que luchamos sobre la tierra caliente de Cuba contra el tirano. Pasaba el tiempo y yo sentía que mi nombre secreto, Mariana, se perdía para siempre en las bocas de los que lo pronunciaban, tantos de ellos ignorando a propósito mi verdadero nombre para que la tortura nunca se lo pudiera arrancar.

Soy Mariana como Alejandro era Fidel o como Lucas era su amigo Luis, mi jefe en el M-26J. Siendo Mariana, voy a contar mi vida en la Isla Hechicera, que a todos se nos posa en el fondo del alma, y lo haré usando nombres de guerra, de servicio a la causa, junto con nombres reales de los que nos acompañaron en un batallar a hierro, plomo, sangre, lágrimas, mucho sigilo y mucho miedo.

1

GOLPE Y CONTRAATAQUE

Curso 1951-1952. Último trimestre, que voló. Volvimos al colegio con la ilusión de reencontrarnos a los colegas y un interés pícaro de conocer nuevos compañeros, quizá merecedores de apodos. Éramos quinceañeros uniformados, bromistas; pero el ambiente nos obligaba a conversaciones de adultos. En el recreo y en las guaguas hablábamos de la protesta general contra Prío Socarrás.

La muerte de Eduardo, Eddy, Chibás nos había impresionado a todos. Aquel político que llevaba una escobita en la solapa, que prometía barrer la corrupción en Cuba, se disparó con un revólver porque no había conseguido justificar una acusación. Fue hablando en una emisora, ante el micrófono. El disparo no se oyó por la radio porque el suicida se había pasado de tiempo en su discurso y le cortaron la conexión, pero resonaba en todas las conciencias. Nuestro compañero Muruyami nos explicó el haraquiri, el suicidio por dignidad. Chibás había sido un hombre digno, al estilo japonés.

A esa altura fue cuando destacó por su manera de discursar el tal Fidel Castro. Era cuñado de Waldo Díaz-Balart, el guapo que andaba con mis primas mayores en Tarará. Mi padre decía que Fidel aparentaba ser muy chibasista pero que Eddy no era «castrista».

—A ese muchacho hay que dejarlo hablar, gallego —le confidenció Chibás a Serafín—. Que hable, a ver a dónde nos quiere llevar. A lo mejor hay que cortarle las alas.

Faltaba poco para las elecciones presidenciales que habría ganado Eddy Chibás fácilmente. Muerto el guía de los «ortodoxos», Castro y otros miembros jóvenes del partido pregonaban su fidelidad a la línea marcada por el hombre de la escobita. De eso hablaban papá y el tío Ricardo yendo en coche de La Víbora a El Vedado el día de Navidad.

—Una cosa es que te cayera bien el Chibás, Serafín, carajo, y otra que te fueras a fiar de él. Y tampoco me valen los nombres que das —se posicionó el tío, mientras mamá, tía Marcela y yo escuchábamos.

Entre los nombres que daba mi padre estaba el de Francisco Carone, profesor de Leyes, catedrático, famoso por no cobrar en los pleitos políticos, «otro ejemplo de honradez ortodoxa».

—La decencia es posible, Ricardo —concluyó llegando a casa de los abuelos, donde no se celebraba la Nochebuena por la enfermedad del viejito, pero sí se recibía por Navidad.

Nos recibió la tía Cruz, cuidadora de sus padres. Ya estaban de visita los Cervera, vecinos catalanes muy vestidos, la señora cargada de alhajas. Dominga, Marcela y Cruz se excusaron para ir a ver a su padre encamado. Yo las seguía cuando se oyó la orden de la abuela:

—Dominguita, hija, que la niña no vaya.

Mamá me retransmitió la orden de su vieja y me quedé, pensando que me libraba de la visión penosa del abuelo paralítico y porque me gustaba oír las conversaciones de los señores. Serafín y Ricardo, todavía engranados en la discusión del auto, retomaron materia con el señor Cervera. A Ricardo, mayorista de víveres, y al catalán, almacenista de telas, les molestaba que la universidad se usase para politiquear. Ahí entró de nuevo Fidel Castro.

—Fue compañero de clase de mi hijo Richie —informó el tío—, pero sólo se parecen en lo que les gusta el deporte. Mi hijo era estudioso y ahí está, ascendiendo en el City Bank.

Fidel no daba golpe, era un activista, hijo de un gallego tan viejo que ya había estado en la guerra de independencia cubana.

—La revuelta de Cuba fue una guerra civil, porque los criollos eran tan españoles como nosotros —me escandalizó Cervera con una versión tan distinta a la de las aulas del Colegio Academia Baldor.

El caso era que el viejo Castro, Ángel de nombre, volvió a Cuba pasada la guerra, se casó con una maestra y después se arregló con una muchachita. De ese apaño con ella tuvo un montón de chicos, uno de ellos ahijado de Fulgencio Batista.

—Con lo que eso significa —aclaró papá mirándome—, que aquí el padrino no es un pariente o un amigo, como en España. Es alguien que puede ayudar al ahijado a superar obstáculos, que los hay de sobra en un país como este.

—Sin reglas ni moral —redondeó Cervera, que mostraba mucho desdén por los cubanos.

El sargento Fulgencio (el general Batista en los libros) apadrinó al hermano pequeño del Fidel, Raulito. Las relaciones de Batista con el viejo gallego eran buenas, venían de muy atrás y de la vecindad. Ángel Castro ejercía de cacique en Birán, «un agujero en el monte». El «general de pacotilla» era natural de Banes, el «puerto de los yanquis». Ambos eran figuras notorias en las tierras bravas de Holguín...

La charla se animó. Se incorporaron a ella mamá y las tías, después de ver a su viejo muerto en vida. Yo gozaba pensando en repetir en el colegio la historia de los Castro bastardos cuando se produjo una aparición difícil de creer.

La negra Andrea, uniformada de gris y blanco, trajo a nuestra presencia a otras dos morenas. Una era muy vieja, toda arrugas, envuelta en un estampado de flores azules sobre amarillo, del turbante a los pies. La otra, con blusa blanca y falda roja, conservaba restos de lozanía a pesar de los rizos grises. De joven debió de haber sido una belleza agreste.

Ante las miradas atónitas de los Cervera, las dos se lanzaron a los brazos de la abuela y sus hijas. La menos vieja se saludó con tío Ricardo y papá, que se levantaron a darle la mano. Sin soltar la de Serafín, sonriendo con descaró, se dirigió a mamá:

—Ay, Dominguita, qué pena que no me prestaras al Serafín. Yo que siempre quise tener un hijo con un gallego, que con ellos salen los mulaticos mejores.

—Niña, vamos a ver a tu marido —dijo la anciana de atavío escandaloso y allá se fueron, ella cogida del brazo de nuestra matriarca, y yo empecé a dudar de si estaría en un sueño: ¡Una negra tratando así a doña Ignacia!

—Esa viejita crió a mamá y por eso le llama «niña Ignacia» —Dominga se adelantó a explicar a los catalanes—. Era esclava de mi abuelo. Como era capitán, le correspondía una pareja de esclavos y los suyos eran esta Rosario y el Antolín. La que viene con ella es una hija, Antolina, que siempre nos dijo la volvían loca los rubios —hizo un cariño a la mano de su marido y los matrimonios rieron abiertamente—. Mi abuelo fue muy generoso porque liberó a sus esclavos... Se querían mucho todos, los amos y ellos, y la Rosario ya se bautizó con el nombre de mi abuela cuando vino un cura y casó a la pareja. El abuelo los liberó porque Antolín le salvó la vida. Es una cosa curiosa: el abuelo dormía la siesta al fresco en el monte, y el Antolín se mantenía a su lado por si algo le pudiera pasar. Y una tarde bajaba una serpiente por el tronco del árbol y ya le iba a picar al abuelo y Antolín se dio cuenta y la cortó en dos con el machete...

Nunca olvidaré ese día de Navidad, porque en él aprendí mucho de Cuba, de lo que no se escribe y hace que una se sienta parte de la gente con la que vive. Pena no haber conocido al bisabuelo capitán y a su esclavo salvador para que me contasen en detalle el episodio de la serpiente.

10 de marzo de 1952. Mi despertador no llegó a sonar. Me espabilé viendo a mamá apretar el botón que impediría a la bola tocar las campanillas; se sentó al borde de la cama, suelta la melena negra, un azulón de ojeras marcándole la piel pálida bajo los ojos negros, demasiado grandes; se recompuso la bata y habló, muy seria:

—Hoy, Mariana, nada de salir de casa. Hubo un golpe de Estado y no están las cosas claras. Papá después te lo explica.

Papá escuchaba la radio en pijama, tomaba café y se pasaba la mano por la calva: Batista. El general Fulgencio Batista Zaldívar. Columbia. Mandos militares. El presidente Prío desconcertado.

—Madrugaron estos cabrones —fue su comentario seco para insistir en la precaución—: Mariana, hoy no vas a la Baldor, y no salgas hasta que yo te lo diga.

El viejo se vistió y se fue. Ocupé su lugar al lado de la radio, cambiando de emisora, la Progreso como referencia. Los militares se habían juntado en la base de Columbia en apoyo al general y le daban un ultimátum a Prío Socarrás.

Llamé a mi compañera Teresa, que andaba con tipos mayores porque tenía un hermano en la universidad. Me dijo en voz baja que iba a haber «respuesta», reparto de armas, resistencia. Por mi cabeza pasaron trechos de conversación sobre el alzamiento en España, el tumulto en medio del que nací; recordé historias de *lareira*, de lumbre y castañas. ¿Y si hubiera en Cuba una guerra como aquella?

—No lo creo, m'hija. Acá la gente no es tan brava —fue su respuesta.

Le pedí que me dejase bajar a hacer las compras en la esquina, pues todo parecía tranquilo según se veía por la ventana. Bajé. El negro Juan le limpiaba los zapatos a un vecino gordo, y no hablaba. En la bodega de los chinos atendía el mostrador Lino, el hijo estudiante de Medicina. Sus párpados estirados no dejaban escapar emociones cuando me entregó la bolsa de papas. Pero fue claro en el mensaje:

—La cosa está fea, chica, y va a haber que organizarse.

En el portal Juan descansaba con una sonrisa triste. Con el cigarro apuntó a una tira de billetes de lotería pinzados en su tablero.

—A cuidarse, niña, que nos cayó número feo —y reparé en que las cifras de la tira comenzaban por 10352... 10-3-52... En el fresco de la escalera imaginé a Juan metido en la cábala mientras esperaba clientes y en las reuniones en que los negros se encontraban con los espíritus. Los espíritus les predecían el futuro. ¿Como sería el futuro a partir del 10 del 3 del 52?

—Complicado —sentenció el señor Serafín, que ya había andado recorriendo la ciudad y recogiendo informaciones de clientes y amigos políticos—. Prío dejó hacer mucho a los ministros y dio ocasión para esto. Habrá que esperar, a ver si hay elecciones y se aclara la cosa. Pero, volviendo a Batista, veo el futuro complicado.

Seguimos oyendo la radio y viendo la televisión. Se consumió el día. Me fui a la cama recordando un discurso radial que resumía lo acontecido:

Desde la muerte de Eddy, que quería barrer la podredumbre del país, sobre nuestra Isla se venían formando nubes inmensas de color sanguíneo, cárdeno, negro, cargadas de pasión, de cólera, de odios viejos. En cualquier momento podían saltar rayos de unas a otras. Después se desharían sobre nosotros con peso de agua que se hace hierro y plomo cuando alcanza la tierra. Eddy Chibás tenía razón, se cumplió lo que vaticinaba. Ya corrió la sangre. Esperamos, y desde aquí pedimos, que no corra más, que lo sucedido sólo haya sido accidente hijo de la alteración. Rogamos a quienes tienen el poder de hecho que mantengan la paz para que, pacíficamente, volvamos al orden democrático...

Prío se fue, y decían que con mucho dinero. Me quedó la imagen de sus gafas oscuras y del sombrero de su mujer, con redecilla. Teresa Moure y yo nos convertimos en esponjas, que todo absorbían escuchando y leyendo, con descuido de nuestros estudios. Nos informaban los compañeros, los profesores, la familia... El Jefe Supremo disolvería el Congreso, mandaría hacer unos Estatutos para sustituir la Constitución («Ley de leyes de la Nación» en el libro de Historia), nombraría un Consejo Consultivo («que le diga lo que quiere oír», según tío Esteban) y decretaría una Ley de Orden Público («para cargarse a quien le dé la gana, como Franco», en visión de mi padre).

En los meses finales del curso fuimos clasificando a los conocidos: quién se inclinaba a favor del régimen y quién se enrolaba «en el barco tomado al asalto», al decir de un comentarista de Radio Progreso. Batista intentaba ganar navegantes; usaba la radio y la televisión, pero le faltaba cultura. No se defendía bien ante los micros y cansaba con la cantinela de «salud, salud para todos». Contra él hablaban y escribían Jorge Mañach, Raúl Roa, Miguel Ángel Quevedo, Pelayo Cuervo Navarro, los hermanos Márquez Sterling...

La gente le llamaba «indio» por ser mulato con pelo lacio. Mestizo, provinciano, sargento, no era aceptado por las personas con clase. Ningún profesional lo tragaba. Los médicos se señalaban en contra de él. Los españoles no lo querían; decían que era muy racista, y santero «de los que van a misa y después le matan un pollo a Changó». Por eso se criticaba a monseñor Arteaga, un vejete, ar-

zobispo de La Habana. Un panfleto de calle decía que «conociendo la condición religiosa africana del Presidente no electo, Monseñor le dio la bienvenida. El Señor tenga piedad de Su Eminencia».

—Pero ya veréis como el gobierno no se mete con los curas, porque ya pactaron —les dijo papá a sus concuñados en el club de Hijas de Galicia—. ¿O no visteis cómo hicieron los curas en España? Los había republicanos cuando vino la República.

—Y cuando pudieron le dieron la puñalada. En el 34 —precisó tío Gonzalo.

—Mejor sería que aquí ayudasen a poner orden —advirtió tío Ricardo.

Serafín calló. Debía de recordar, y comparar España con Cuba. No se imaginaría una sotana episcopal enfrentada a las armas de Batista. Pero, pasado el tiempo, un arzobispo se iba enfrentar a ellas, arriesgando mucho. Incluso con mi propia persona...

Junio. Hacía ya calor denso, vaporoso, habanero. Estábamos en clase de inglés leyendo por turno párrafos de Mark Twain cuando alguien llamó a la puerta.

—Pase —consintió la profesora y el bedel metió la cabeza:

—Campos Méndez, que venga a Dirección.

Todos miramos a Rosy Campos, chica de facciones dulces y risa fácil, jamás castigada. ¿Qué pasaba? La profesora mandó retomar la lectura. Leía Muruyami y ella lo corregía, de buen humor. Hasta hizo broma de que sólo los japoneses eran capaces de pronunciar el inglés peor que los cubanos.

La carcajada general se vio cortada por la fuerza con que se abrió la puerta. Rosy lloraba echándose las manos al pelo claro, ondulado y suelto. Se acercó a su asiento, recogió el bolso y salió.

La profesora la miraba con el libro de Twain en la mano, asombrada. Entonces Teresa Moure siguió a nuestra compañera al corredor. De allí vino su imprecación:

—¡¡Hijos de puta!!

Entró, acomodándose la blusa y la falda, con clara intención de salir.

—Mataron al hermano de Rosy —explicó y se fue.

La profesora continuaba parada, inexistente. Los chicos se pusieron a recoger. Yo me uní a ellos. Otras compañeras me

siguieron. No sabíamos qué hacer, pero vimos que salía gente de otras aulas. Se formó manifestación contra la brutalidad de los policías y sus ayudantes batistianos.

Tony Campos Méndez murió de una paliza. Al velatorio fuimos amigos suyos y de sus hermanos. Tenía la cabeza vendada alrededor de la frente, y del mentón a la coronilla; y algodones en las fosas nasales. Por mucho que se esmeraron los amortajadores, vendas y algodón se habían teñido de rojo pálido.

Se formó un cortejo inacabable a la entrada del cementerio de Colón, tan enorme y tan rico como La Habana, una monstruosidad en piedra pulida al compararlo con los camposantos aldeanos de mi tierra. Por allí circulamos en busca del panteón de la familia Campos. En ese paseo triste bajo un sol alegre Teresa y yo hablabamos con los compañeros de lo que sabíamos de Rosy y su hermano. Un chico mayor se acercó a nosotras como si viniese a ligar y puso cara de galán mientras nos pasaba un aviso:

—Cuando se está apretado entre gente, no hay que decir nada que pueda comprometer a nadie, porque no sabes quién es chivato.

Llegamos al primer verano del *batistato*.

Nuestros tíos ricos, el ganadero y el panadero, veían grandes negocios desde los portales de sus casas en Tarará. Papá y los otros tíos torcían la boca. Esteban, mi favorito entre ellos, el que me mandaba la revista *Bohemia* antes de que nos viniéramos a Cuba, era tan crítico con el nuevo régimen como Quevedo, el director del semanario.

Las tías ricas me convidaron a ir cuando quisiera a la playa exclusiva, a su mundo aparte, al que había que acceder con pase a través de una barrera de policías y militares.

Se lo agradecí pero ese verano no me apetecía ir a Tarará, al bohío de la playa lleno de moscones comiéndome con la vista, al club lleno de niños de papá alardeando de coches, barcos y viajes. Me dediqué a leer en nuestra esquina humilde de La Víbora. Me recluí en casa y por mí no hubiese salido si no fuera para visitar librerías y bibliotecas. Fui a comprar libros con Teresa y también al cine con los amigos y con mamá. Acompañé a mamá al balneario del Hijas de Galicia y gocé de la ingravidez al sol del Caribe, los

ojos cerrados, los brazos abiertos, hasta quedarme casi dormida, entresonando en el agua tibia.

Así me empezaría a ver imitando oficio de aquellos personajes veloces y valientes que admiraba, los periodistas. Me soñaba investigando vidas y actos, entrevistando figuras políticas, artistas de cine, cantantes, escritores; tecleando rápidamente. De la máquina surgían resmas que iban a la imprenta con fotos...

Sólo fui a Tarará para «los quince» de Anisia, y alguna otra vez a petición de Clara. No me podía negar a la fiesta de mi prima mocosa y roncha, que se andaba levantando los pechitos delante del espejo y tanto miraba los míos, y quería hablar a solas con mi verdadera amiga entre todas las primas.

Era costumbre llevar compañero a las fiestas, sin compromiso de fidelidad en el baile salvo con los novios. Quien sabía de una fiesta pero no estaba invitado esperaba humildemente a que lo escogieran. Por eso me pareció muy atrevido que un chico se postulase para acompañarme a la de Anisia. Íbamos de paseo por el Prado con Teresa y otro chico, que callaron. Ese silencio obligaba a dar respuesta; que fue positiva porque el postulante era rubio, bien tallado y de trato fino.

Me extrañó que él no ofreciera lo que marcaba la galantería, venir a recogerme para ir juntos a la fiesta; y quise creer su disculpa: estudiaba y trabajaba; iba a salir tarde del trabajo y viajaría por su cuenta.

Pero no apareció en la fiesta. La festejada me dio un respiro antes de empezar a lanzarme sustitutos. Algo bailé con ellos, observando el reloj disimuladamente hasta dar por perdida la causa. Clara, que conocía las maldades de su hermanita, me mandaba miradas de comprensión.

Salí al portal a respirar y mirar estrellas. Allí el tío Paco bebía ron y fumaba con otros señores, derrengados en sillones de mimbre. Protestaban de los estudiantes, de los muchachos que molestaban al gobierno. «Parecería que toda la juventud estuviera contra Batista», precisó uno de los amigotes del tío panadero.

—No toda —oí a Clara junto a mí en la baranda—. Aquí El Hombre no corre peligro —no corría. Los chicos invitados solamente hablaban de proezas de pesca del pez espada y de otras pescas que parecían repulsivas por la manera en que las relataban—.

Nosotras también pescamos —dejó deslizar un tirante del vestido sobre su hombro redondo—. Pescamos pero no lo pregonamos como estos niñatos... ¿Qué fue de tu pesca?

—No sé, chica. Y le dejé el teléfono de esta casa por si pasaba algo.

—Qué jodido es que te guste un tipo —me dio un abrazo y un beso muy fuerte—. Vas a tener que trabajarlo, Marianita. ¿Conoces alguna madre negra que te haga el trabajo?

—No llega a tanto, hija. Pero me preocupa que le pasara... algo. Tengo la sospecha de que anda metido en... cosas.

Acerté. Al día siguiente Teresa me llamó para quedar porque tenía que darme una explicación.

—Cometimos un gran fallo, Mariana. Te deberíamos haber contado todo para que estuvieras prevenida —lamía un helado, me miraba con ojos intrigantes, verdosos, pestañudos, la melena trigueña tapándole la cara inclinada sobre la golosina—. Debes saber que nuestro compañero estuvo en Tarará, y bastante tiempo. Anduvo de inspección y te quedamos muy agradecidos.

—¿Quiénes me están agradecidos?

—Ya lo irás sabiendo...

Ese verano de las mil lecturas cimenté amistad con el negro Juan, limpiabotas, quiosquero y algo portero del edificio. Cada vez que le iba a comprar me daba charla desde su trono con cajón para cremas, cepillos y trapos. Su experiencia de hombre con canas me valió para completar estampa del país.

Le conté la historia de Antolín y Rosario y los escrúpulos de mi abuela, que necesariamente tenía sangre prieta. Él me habló del lugar inmundo donde se había criado, construido en torno a un central azucarero. Allí un capataz negro con buen sueldo en la fábrica siempre sería menos que un guajiro, labrador pobre, porque el guajiro era de raza española. Un mulato era también menos que un guajiro... Cosa mala ser moreno. Cuba estaba llena de gente dispuesta a ocultar lo que le quedaba de una raza maldita.

—Pero es fácil saber quién tiene algo de negro —me informó—. Basta con fijarse si le cambia el color de la palma al dorso de la mano. No es lo mismo un blanco de verdad moreno de sol que un mulato claro. Fíjate, fíjate.

Por él supe también que los Batista eran varios hermanos. Uno, muy visto, era Panchín, el político. Otro, escondido, se llamaba Hermelindo. Siendo el que más pasaba por blanco, sin embargo ejercía de palero y le daba consejos a El Hombre.

Los paleros eran videntes. Le pasaban los palos a Santa Bárbara, que era Changó. Los palos representaban las muletas de san Lázaro, o Babalú-Ayé.

En mi tierra también se hablaba de *meigas* y echadoras de cartas, adivinas de vidas de los emigrantes que no escribían; pero allá los santos eran lo que representaban. En Cuba venían siendo, a la vez, *orichás* de los negros. Había más misterio, dos religiones a veces con la misma cara. Me gustaba hablar con Juan de asuntos innombrables.

Nos hicimos cómplices. Él no sólo vendía revistas; también traficaba con los panfletos que corrían por La Habana. El cojín de su silla era clave:

—Niña, debajo de esto siempre habrá algo para ti.

Cuando tenía *material* que entregarme, hacía una seña con la vista y los papeles pasaban a mi bolso en un movimiento rápido...

La señal de contrabando apenas me confundió una vez. Volvía yo a casa repasando las hipótesis que corrían en el Baldor sobre quién le había dado la paliza mortal a Tony Campos y, viendo el guiño del quiosquero, me acerqué a él con el bolso preparado. Pero del cojín no surgía nada.

—Niña, que tus viejos se fueron —me dijo—. Te dejaron una nota. Es urgente que la leas.

Subí. La nota era sencilla: «Murió el abuelo. Ven para allá».

Allá fui. La casa de don Carlos y doña Ignacia ya se veía llena desde lejos. La familia se desparramaba por el portal y la sala, los visitantes entraban en la alcoba donde se velaba al patriarca.

El abuelo parecía un cadáver de película, el rostro despejado y sereno, tan distinto de la cara crispada y amarrada de Tony Campos. Sentadas a cada lado de la cabecera, lo guardaban celosamente la abuela, sin expresión, y la tía Cruz, rota de dolor. De pie recibían pésames tío Esteban, con banda negra en la solapa, y sus otras hermanas, de negro y sin joyas.

A la abuela le di un beso de cumplido; me senté en el suelo junto a la tía Cruz y recosté la cabeza en su pierna; ella me pasó la

mano por la melena. Nos miramos. A pesar de las arrugas, Cruz era la más bonita de las hermanas. Había heredado las facciones gallegas del viejo, su finura de trazo en versión femenina.

Como otras personas también la querían consolar, me levanté y salí al porche, donde se habían concentrado mis primas: Anisia como yo, aún de uniforme; las otras, vestidas en tonos prudentes. Gladys, nuestra decana, de negro perfecto. Había tenido tiempo de pasar por la peluquería. Viéndola como en una foto de *Vanidades*, con moño japonés, fumando con boquilla, me pregunté cómo no se habría casado de nuevo; y recordé algo oído de condiciones de divorcio y pensiones.

Se presentó un señor elegante y adusto, con dos buenos mozos parecidos, los tres de traje oscuro. Abrazó a mi padre y a los tíos con emoción propia de parientes. Los yernos del viejo le contaron de la parálisis y el deterioro final. Extrañamente, el desconocido no pasó al interior. Más aún, el tío Gonzalo fue a buscar al tío Esteban para un nuevo abrazo con él.

—Nos vemos mañana —fue la frase final de la corta visita, indicando asistencia «a la conducción» (de los restos mortales al cementerio), propia de los hombres.

—Ese es Armando, el novio de tía Crucita —me informó Anisia.

—¿Qué dices? —casi la reprendí por lo que parecía un atrevimiento de los suyos.

Pero Gladys le dio la razón y nos contó que el abuelo les daba empleo en La Habana a los mozos de su pueblo. A Armando, que era un tipazo, lo puso de chófer suyo. El galán conductor pretendió a la hija lindísima del patrón y fue correspondido. Entonces doña Ignacia se impuso: su niña no se casaba con un criado. Por no enfrentarse a la mandona, don Carlos le ofreció a Armando un trabajo en Camagüey pero él lo rechazó y Cruz dijo que sólo se casaría con su amor. Eran otros tiempos y la pareja no se atrevió a lo que debía haber hecho. Al final, al chófer guapo le sobraban ofertas y se acabó casando con una gallega lustrosa.

Los periódicos dijeron que el entierro «constituyó una impresionante manifestación de duelo». Así se vio en las fotos. Don Carlos era fundador del Centro Gallego, de los que pagaron la piedra que vino de Lugo para aquella obra grandiosa.

Quince días después sería el funeral.

—La que no venga de luto, que no aparezca —advirtió doña Ignacia.

—Ni que la iglesia fuera suya —comentó Japy, poniendo en cuestión la autoridad de la matriarca en tiempos de revuelta, de cargas policiales contra estudiantes y obreros. Japy, *Happiness*, Felicidad por bautismo había heredado el genio de la abuela a través de su madre, la tía Angustias. Tan distintas de físico, a cada generación más estilizadas, las tres compartían ojos negros, obstinados, sombreados por cejas que parecían acentos circunflejos dibujados a carbón. Aquel comentario auguraba conflicto.

Que hubo. Nuestra prima estilosa vino al funeral vestida de modista: blusa blanca y falda de flores granates con hojas verdes, contrastando con nuestros grises, negros y morados leves.

A la puerta del templo, más oscura que nunca bajo el velo, doña Ignacia esperaba a la familia cogida del brazo de su hijo. Nos pasó revista a todas las jóvenes. En su mirar vivaz surgieron chispas de rabia al comprobar que no todas obedecían. Por un momento pareció que iba a ablandarse su expresión, quizás porque le correspondiera papel de compungida. Pero, cuando Japy la fue a besar, le retiró la cara y dejó oír su sentencia:

—Felicidad, con esa conducta no vas a hacer feliz a nadie.

Vieja aguda... La siguiente vez en que nos juntamos todos con ella fue el día de la Madre de 1953. Según costumbre cubana, la fuimos a ver luciendo una flor en solapa o escote, blanca si la madre de quien la lucía había muerto o roja si vivía. Se mandó venir a un fotógrafo y quedó retratada la familia floreada y sonriente. Algo aliviado el luto, la viuda consintió en que hubiera aperitivo y charlas.

Los del retrato y los *drinks* fingimos el cariño de siempre; pero entre hermanos, cuñados y con cuñados se habían tensado las relaciones por culpa de partijas y mejoras en el testamento del abuelo, y porque todo en el país se estaba tensando después de un año de dictadura.

Tío Esteban y su mujer, Candela, eran declaradamente contrarios a Batista. Tía Cruz se hacía la ciega y, como toda la vida, intentaba disolver discusiones. Tía Eugenia y su marido,

«industrial de la panadería», pensaban que era necesario acabar con las algaradas de los muchachos. De sus hijas, Gladys se declaraba apolítica mientras expulsaba humo de cigarros mentolados, Clara hablaba conmigo de lo que se hacía en la universidad —todo en contra del tirano— y Anisia nos miraba con ojos entrecerrados, como miopes, sin interrumpirnos: aprendía lo que las monjas de su colegio no dejaban oír.

Marcela, Ricardo y Richie —su hijo, que trepaba en el National City Bank— se abstenían de criticar los apañes económicos de los políticos. Severina, Gonzalo y sus hijos críticos con el batistato no admitían la censura, odiaban una Cuba al estilo de España. Angustias y Aquilino veían el negocio de las vacas muy beneficiado por los nuevos amos del país. Felicidad y Esperanza parecían disfrutar de esos beneficios paternos como si nada ocurriera, lo cual no era creíble en el caso de Japy...

Corrió el tiempo, rápido y tormentoso. Acababa el curso y terminaba nuestra formación en el colegio Baldor. Nos despedimos, algunos para meses, otros para no se sabía cuánto: las familias comenzaban a «quitar de en medio» a los chicos que se les podían contaminar en el ambiente de La Habana, donde la gente joven desaparecía, donde las calles se limpiaban de cadáveres salvo que a los matones batistianos les conviniera enseñar un escarmiento. Estados Unidos seguía siendo destino soñado de los que se iban a «ampliar estudios y practicar el inglés».

Teresa Moure dijo que no pensaba irse. En Cuba había mucho que hacer, y para lo del inglés ya estaba la Havana Business Academy. Se tomaría el verano con sol y lectura, y en octubre empezaría a trabajar donde la metiera su viejo. Que no me extrañase si no la veía, porque iba a andar un poco alejada, «preparando el futuro».

Pasaron semanas y Moure no me llamaba. Yo tampoco marcaba su número por respeto a lo que me pareció indicación de que la dejase en paz. Sospechaba lío con el chico mayor que nos había hecho advertencia sobre chivatos en el entierro de Tony Campos. Era guapo, misterioso, con tono de voz sereno que recordaba al de mi padre.

Casualmente, fui a Tarará más de lo que imaginaría; y allá entraba de nuevo guiada por el mulato Clemente en el carro granate

del tío Aquilino. Acompañaba a mamá, que estaba decorando la sala de la tía Angustias. Dominga era la pintora de la familia, como Marcela la música. Ambas habían aprendido en las escuelas del Centro Gallego.

Minguita pintaba en las paredes unas marinas de colores suaves que sólo habían podido salir de sketches tomados en los años que vivió en la Mariña de Lugo. La cara gorda del tío se ruborizaba de felicidad viendo los progresos de su cuñada. Se quitaba los espejuelos oscuros y, con el cubalibre en la mano, se imaginaba paisajes descritos por sus padres.

Por pagarle el favor a su hermana, la tía organizó una fiesta de cumpleaños y fin de estudios, «para que Mariana no deje de tener buenas relaciones». Hice lista de amigos para los permisos de entrada. Llamé a Teresa y su madre me dijo que no estaba, sin más. Que le dejaba recado.

Teresa no me llamaba. Llamé de nuevo a casa de los Moure, insistí en que era por una fiesta en Tarará. No me respondió y me extrañó: ella y la gente con la que andaba perdían una ocasión de entrar en el recinto prohibido.

Finalmente no vino a mi fiesta ningún compañero de la Baldor porque los que invité estaban fuera. Rudolf Müller —que quise lucir—, en Alemania.

Celebré mis diecisiete años con vestido blanco estampado de mariposas verdes y negras, corto y con mucho vuelo. Cere monioso, tío Aquilino me colocó un collar de perlas casi negras y se marcó un bolero conmigo. Durante la pieza me preguntó en qué pensaba trabajar, que él siempre me encontraría acomodo. No supe responderle.

—En lo que te apetezca, en lo que te guste —insistió—, que, a donde vayas, vas a dejar bien alto el pabellón de la familia.

Esa noche de sonidos de pick-up y toques de ron en los refrescos bailé mucho con un chico que me presentó Waldo, el cuñado de Fidel Castro. Se llamaba Gerardo. Tenía el pelo negro, ojos de agua clara y piel dorada al sol de la tarde (los compañeros del Waldo vivían de noche y dormían hasta la hora de ir a comer al club). Bailando me habló de minas de níquel, de los negocios de su familia en España y Canadá. España era un país horrendo, donde daban garrote vil a los antifranquistas; Canadá era perfecto,

rico y libre. Descansando en el portal, le dije que quería ser periodista, escribir lo que descubriera.

—Pues escoges mal momento, Mariana —inspiró aire salino para iniciar una explicación larga—: Esta Cuba nuestra es tierra de muy buenos periodistas, y ahí está el ejemplo de los Márquez Sterling para toda América Latina; pero hoy los medios de comunicación sobreviven malamente, no se atreven a criticar las fantochadas y los robos de Batista y los suyos. La censura impide que los periódicos revelen toda la verdad. La gente habla de la guerra de la prensa pero Batista desprecia la prensa, el tipo está seguro de que puede reducirla con los golpes de la policía. ¿Dónde se vio que se cierran los talleres de una revista porque molesta? ¿Dónde se vio que unos matones se metan en una emisora de radio y le revienten los equipos? ¿Y las multas? ¿Y qué me dices de interrumpir un programa de televisión con todo descaro, a la vista de los espectadores? No le tienen respeto a nada, a nada, Mariana.

Cuba era una dictadura en todos los sentidos. Las leyes salían según la conveniencia del régimen, se suspendían las garantías constitucionales cuando convenía; para acabar una huelga, jarabe de porra: policías a la calle y líderes sindicales al trullo. El batistato era una dictadura cobarde y ladrona. No tocaba a los dueños de fortunas, no apretaba a los miembros de clubes exquisitos; y tenía asfixiados los negocios de mostrador: la policía extorsionaba bares y tiendas como hacía la mafia en los Estados Unidos.

La economía andaba mal, escaseaba el trabajo porque las empresas no arriesgaban, el comercio tenía poco movimiento; sólo funcionaba lo que dependía de los Estados Unidos. En manos americanas estaban los frutos del país: azúcar, plátano, maderas preciosas, minerales. Los yanquis controlaban la industria harinera, lo que le quitaba el hambre al pueblo; y la del petróleo, otra necesidad; y la de las comunicaciones. Iban controlando la del tabaco. De América venían barcos cargados de carros, camiones y tractores para ser vendidos como nuevos cuando muchos eran usados.

Españoles y nativos se quejaban de andar con estrecheces por culpa de los arreglos del Batista con los yanquis. Los gallegos

protestaban por lo mucho que trabajaban y lo poco que ganaban. Se instalaban las cadenas comerciales americanas de ropa y calzado sin categoría, haciéndole la competencia a los almacenes de siempre, fundados por españoles.

Nadie hablaba de las armas que circulaban por Cuba, y ¿de dónde venían?

El negocio de cabarés y casinos era compartido por cacos elegantes, altos cargos del gobierno y grandes jefes del Ejército, incluido Batista. A diario llegaban aviones de Miami con tipos dispuestos a jugar y divertirse, no paraba la juerga nocturna; cualquier club se convertía en burdel; los mafiosos americanos tenían grandes mansiones en La Habana, y les había salido competencia: italianos montando garitos.

En el país todo era hambre, miseria y analfabetismo, escuelas con techo de palma a pocos kilómetros de la capital. En La Habana había algún disimulo, salvo en los barrios con «solares», casas viejas divididas, con cocinas y baños comunes para todos los habitantes. También había «pasillos», casuchas de ladrillo: cocina y habitación. El campo (Camagüey, Santa Clara, Santiago) recordaba escenas de película sobre África, con niños descalzos y sucios.

En fin: tanto generalote y nada en qué mandar. Del Ejército cobraban muchos tipos que no sabían ni cómo ponerse el gorro. Las fuerzas aéreas consistían en cuatro aviones viejos, mal reparados. En un país con miles de kilómetros de costa no había Marina. El sistema militar estaba minado, lleno de mandos ascendidos arbitrariamente...

¡Ay, Gerardo! Me produjo la impresión que causaban algunos profesores, que daban ganas de besarlos. Pero no hubo besos a la luz de la luna, aunque sus manos fueran de hombre, en mi mano y en mi cintura, cuando volvimos a bailar.

25 de julio, día del Patrón de las Españas. Fiesta religiosa y militar en Santiago de Compostela, ciudad del apóstol matamoros. En La Habana, día de Galicia con fiesta cívica en nuestro Centro, mi viejo de dril blanco, panamá sobre la calva. Cantábamos el Himno Gallego, inventado en Cuba. Serafín afinaba como nunca. Al terminar, se limpiaba unas lagrimitas.

Cuba también tenía su Santiago, con catedral y arzobispo como la ciudad gallega. Allí, en Oriente, muy lejos de La Habana, se celebraba el 25 de julio al modo carnavalesco de la Isla Bruja.

26 de julio. En España y en Cuba, día de santa Ana, nada más que señalar. Salvo lo que ocurrió en esa jornada de 1953.

Se habló de «golpe en Santiago», que los medios batistianos desmintieron.

—En su debido momento —repetían—, habrá un comunicado.

Mi padre, junto a la radio, se pasaba los dedos por el resto de pelo rubio de las sienes.

—Esto es algo diferente a un golpe de estado —opinó, pensativo.

Y acertó. Lentamente se fue desenredando la madeja de noticias que nos llegaban. Supimos que un grupo de hombres con dos chicas habían tenido el atrevimiento feroz de asaltar el cuartel de Moncada. Escogieron el baluarte oriental del Ejército para mostrar al mundo que Batista y los suyos no eran intocables.

Pero fallaron. Los defensores del cuartel se repusieron e hicieron una carnicería. Alguno del grupo logró echarse al monte. Los militares, avergonzados por la sorpresa, andaban como jauría en su busca. Así saltó a los medios de información el arzobispo de Santiago: gracias a la intercesión de monseñor Pérez Serantes, Fidel Castro apareció (con las manos esposadas a la espalda) junto al coronel jefe del Moncada. Fidel, su hermano Raúl y pocos más se libraron de ser torturados y fusilados, como se sospechaba de los que se rindieron y salían muertos en las fotos.

«Estupefacción» fue la palabra usada en un comentario de radio sobre el episodio que mantuvo al país en ascuas. «Buenas relaciones de familia», la frase que usó tío Esteban. Esteban y Candela habían venido a cenar con Serafín y Dominga, y no se contuvieron delante de Marianita, que escuchaba y quería ser periodista.

—Hombre, dices que buenas relaciones de familia... y de gallegos. Pues sí, pesan mucho —valoró Serafín—. Pérez Serantes es gallego y ya le metió los hijos al viejo Castro en los marianistas. Pero creo que más bien fue suerte lo que tuvieron los chicos. Porque los pudieron liquidar quienes los pillaron. Lo de las

relaciones familiares se va a ver ahora, si no los liquidan teniéndolos presos. El gallego de Birán ya está muy viejo, pero la madre de los muchachos todavía puede presentarse en La Habana y hablar con su compadre.

Me acordé de la historia de los Castro escuchada en casa de la abuela. Y la volvería a recordar en los meses que siguieron, con juicio a los asaltantes y batalla entre medios afines y contrarios al régimen. Me sirvió para interpretar una benevolencia sospechosa. Se decía que el régimen temía las reacciones dentro y fuera de Cuba; pero cabía imaginar a la madre de Fidel y Raúl pidiendo clemencia. Raúl era ahijado del ogro.

—Pon el caso en España —sugirió tío Gonzalo en cualquier charla—: Unos tipos asaltan un cuartel y matan a los hombres de guardia. *Carallo*, no se salva uno del paredón.

—Pero esto no es España, Gonzaliño —contestó mi padre—; ni aquí gobierna un general de verdad, que fue legionario en África...

A continuación del ataque al cuartel de Moncada vino mucho «trabajo de limpieza» por todo el país. Se hacían famosos los nombres de los ejecutores, entre los que destacaba Esteban Ventura Novo. Era policía pero nunca vestía de uniforme azul oscuro sino de paisano y de blanco. Dialogaba con los periodistas, enseñaba armas capturadas a los muchachos, y muchachos aún vivos, antes de la tortura.

Uno de ellos fue el hermano de Teresa Moure. Teresa me lo contó desde una cabina, con ruido de tráfico y un anuncio voceado de cerveza Hatuey.

—Mis viejos me mandan fuera, pero volveré. Esperamos contar contigo —concluyó, firme; y no le pregunté a dónde iba ni quién contaría conmigo...

En diciembre de 1953 mi vida tomó el rumbo que me iba a llevar al huracán.

Empecé a trabajar, después de discusiones entre los habitantes de un sencillo apartamento de La Víbora. En el fondo de ellas estaba la negativa de doña Dominga a que su hija trabajase mientras otras chicas de su «nivel social» seguían estudiando. Mamá pregonaba la independencia de la mujer a través de la formación y el trabajo, pero yo le parecía demasiado joven.

Hubo que convencerla de que el trabajo que me ofrecían eran prácticas de las materias aprendidas en la Baldor, a completar con estudios en la mejor academia americana, la Havana Business.

El viejo me llevó a la oficina de unos judíos según la definición habanera. Por el camino hablamos del asesinato de Mario Fortuny, amigo del profesor Roa: lo habían matado unos marinos de guerra a los que detuvo la propia Policía del régimen.

—Ya no se sabe de dónde les puede venir la muerte a los opositores —informó papá, y tocó en lo que intuía—: Marianiña, los tiempos andan difíciles para los que se significan. Tú no des pasos sin que yo te aconseje...

La oficina, de importación de telas, estaba en la calle Muralla. El señor Jacques sí era judío, marroquí; sus socios, Iosef y Zacarías («sin ese al final»), venían siendo egipcios cristianos.

Jacques honraba las descripciones del estereotipo, la nariz que hacía recordar versos de Quevedo («las doce tribus de narices eran...») y la frente echada para atrás. Cincuentón bien conservado, con acento francés dio noticias al gallego Serafín de su matrimonio reciente con una moza «de allá»: sobre la mesa tenía retrato de boda en que usaba *kippa* para cubrirse la coronilla. Enseguida, sin venir a cuento, se metió en política comentando una frase manida:

—Fidel Castro dijo que la historia lo absolverá. Pero no se da cuenta de que la Historia ya lo condenó, y la Geografía también; a él y a todos los cubanos. No se puede pasar de provincia española a república independiente al lado de los Estados Unidos.

Los egipcios, extrovertidos, dispuestos al chiste, pasaban por criollos. Zacarías no bajaba de los sesenta años, que le habían ido curvando la espalda. Iosef tendría cuarenta y un tipo atlético capaz de levantar suspiros femeninos. Los tres socios vestían con elegancia, trajes claros muy planchados, corbatas a juego ponderado con sus colores.

Importaban tejidos leves y encajes, hilos de algodón y lino para los telares de la isla. Necesitaban de una chica que les atendiese los muestrarios, el teléfono y la correspondencia. Tenía que defenderse en inglés. Me explicaron las condiciones, incluido el sueldo. Acepté (habría aceptado cualquier cosa porque me parecieron unos sujetos exóticos, curiosos).

Empecé después de la fiesta de Reyes. Recorría almacenes y comercios repartiendo muestras, lo que me llevó a conocer en detalle la ciudad, sus formas y sus gestos, como se conocen e incluso se prevén los de las personas. En tal menester pasaba las mañanas y a la tarde atendía el teléfono y ordenaba entregas y pedidos. Al fin de la jornada Jacques, Zacarías y Iosef venían por la oficina. Conmigo se mostraban cada día más contentos:

—Te estamos formando para que llegues a ser socia nuestra —resumió Jacques.

Soledad y silencio eran mis mejores compañeros. Aprovechaba momentos sin trabajo para hacer los ejercicios de secretariado en inglés de la Havana Business. Sólo me interrumpía, amablemente, un vecino de oficinas, quien llegaría a ser personaje importante en la guerra secreta que se preparaba en La Habana.

Don Aurelio Prieto era un señor delgado, el rostro marcado por arrugas profundas y pelo blanco abundante. Corredor de aduanas, por la mañana trabajaba en su escritorio con algún cliente extranjero, y por la tarde traía a su señora, rellena y simpática, que hacía *crochet* mientras él miraba papeles.

Solían bajar a la calle a tomar «un cafecito» y, de vuelta, venían con un helado para mí. También cogían un periódico, que me pasaban. Como la mayoría de los habaneros, no seguían a ningún medio escrito; compraban lo que les llamaba la atención desde el quiosco; o lo más voceado por los vendedores en la calle. A veces me traían *Prensa Libre*, «fidelista» como ya se empezaba a decir.

En las visitas iniciaban charla juntos, pero al poco era sólo don Aurelio quien hablaba, derivando sobre noticias de radio y prensa. La cara rosada del señor Prieto se enrojecía de exaltación al tocar en la «ciénaga por la que navega Batista»; y terminaba las diatribas con una lamentación:

—Esto me coge ya viejo —don Aurelio tenía envidia de la «sangre ardiente» de los universitarios de la Federación Estudiantil Universitaria, de las batalladoras del Frente Cívico de Mujeres Marianas. Pertenece al Partido Ortodoxo, huérfano por la muerte de Eddy Chibás pero no incapacitado—. Al contrario —proclamaba—: Con nosotros tenemos abogados y periodistas, hombres de leyes y de comunicación. Son muchos, Marianita.

Ciertamente, apoyados en los medios de comunicación, sorteando las trampas de la dictadura, se batían sin descanso Roberto Agramonte, Emilio Ochoa, José Pardo Llada, Max Lesnik Menéndez... y uno al que Fidel Castro llamaba «hermano» en las cartas desde la cárcel. Todos eran ortodoxos.

Julio de 1954. A principios de mes Bohemia publicó un reportaje sorprendente, *Con los presos políticos en Isla de Pinos*. Cuba, tan grande en el mapa, al final resultaba pequeña: de Banes como Batista eran los Díaz-Balart, Waldo, el que tratábamos en Tarará, Rafael —político batistiano— y Mirta, la mujer de Fidel Castro. Las fotos del reportaje hacían pensar en un acuerdo entre conocidos. Mirta había visitado el presidio con su hijo Fidelito. En una instantánea aparecía Fidel con traje y corbata, aguantando al niño con una mano por el hombro, señalándole algo con la otra. Ambos estaban de perfil, a contraluz.

Se habló del reportaje, de que había «intenciones de aflojar». Mis primas estaban seguras de que Mirta seguía órdenes de su marido, hasta de que andaba en acuerdos con las revolucionarias que habían sobrevivido al Moncada. Tenían encargo de armar en La Habana ceremonias de aniversario del asalto al cuartel.

—Qué complicada la posición de esa muchacha —decía tío Esteban—, qué mal lo tiene que estar pasando entre su marido y su hermano. Fidel le exigirá candela y Rafael la estará vigilando...

Se acabaron las clases en la Havana Business Academy y dispuse de más tiempo para pensar, leer, hablar con la gente de la ciudad que ya tenía en la cabeza, toda entera. En los calores del verano seguía la vida comercial, con quejas de mis compradores, que recortaban los pedidos. Faltaba la plata y los almacenes vendían menos *naya* corrugada y menos *guinga* de cuadritos o flores, telas importadas de otro país caliente y con palmeras: el del Nilo fértil, que visité con Sinuhé en las páginas de Mika Waltari.

Acostumbrada a tomar notas de entregas, devoluciones y explicaciones, empecé a usar el cuaderno para apuntar curiosidades más allá del negocio. Quería ser periodista, y los periodistas eran personas de práctica. El doctor Raúl Roa me había hablado del «espíritu periodístico» y yo debía ponerlo a prueba.

Me inicié con apuntes sobre los medios de comunicación en La Habana y sobre el aniversario del asalto al cuartel de Moncada:

Bohemia —escribí— seguía siendo el medio más influyente del país, todo el mundo lo esperaba los viernes por la mañana. Bien valía los veinte centavos que costaba, aunque sólo fuera por el editorial de Miguel Ángel Quevedo, un rico que perdía dinero graciosamente en su empresa.

Las fotos de *Bohemia* eran propias de quien conoce el valor de la instantánea: el momento que puede revelar pasado, presente y dar indicaciones sobre el futuro. A veces el instante elegido era duro, el de las hormigas entrando en la boca del cadáver.

En tiempos de barbarie, mi revista favorita publicaba detenciones y desapariciones de ciudadanos, denunciaba a los autores: escribía sin reparos sobre el cada día más famoso Ventura de los trajes blancos. Por eso la policía la confiscaba en quioscos y librerías.

—Para después venderla a escondidas. Son los propios policías, chica, hazme caso —decía el negro Juan—. Son ellos: tú mira qué negocio tienen los hijos de puta. Les roban a los editores y venden la mercancía que robaron.

Nunca me faltó ejemplar confiscado. El quiosquero los escondía a tiempo o se los pagaba a la policía...

Diario de La Marina era «muy español», el preferido de la colonia gallega. Tenía calidad en el papel, en la imprenta, en el texto ilustrado.

—Y no larga mentiras a favor del general. Con eso llega —resumía mi viejo.

Periódicos decentes también eran *País*, *Información* y *Prensa Libre*, expuestos a las arbitrariedades de la policía. Frente a ellos corrían libelos tendenciosos y mentirosos al servicio del batistato en los que aparecían dos nombres que apunté, sin imaginar la importancia —de vida o muerte— que irían a tener en mi historia: Rolando Masferrer y Carlos Zayas.

La radiodifusión, palabra mágica, me fascinaba porque servía para que el habla llegara a los últimos rincones. Las grandes emisoras resistían. COCO, CMQ, Unión y Progreso le enseñaban los colmillos a la satrapía. Radio Progreso contaba con una voz acusadora, la del hermano de Fidel, que quedó grabada en mi mente antes de que sirviese para darme órdenes clandestinas.

La televisión me fascinaba por el impacto de la imagen. CMQ marcaba pautas en La Habana con un edificio singular, blanco,

alto, recrecido con su torre de antenas en la calle 23 de El Vedado, tan amplia, el mar al fondo.

La televisión andaba muy chequeada porque mantenía programas de corte político. A veces los entrevistados aprovechaban estar en el aire para lanzar proclamas. Los sabuesos los esperaban a la salida de los estudios. Después unos aparecían balaceados; otros, torturados y con tiro de gracia. Los había que desaparecían para siempre. Este y aquel, pasado un tiempo, daban señales de existir en Miami o en México...

Julio de 1954. Se cumplió el año de la acción revolucionaria. El Hombre, compitiendo en medallas con su homólogo de la República Dominicana, concedía calificación de «muchachitos» a los atacantes del Moncada. Pero el coronel Del Río Chaviano y su tropa se acordaban bien del susto: periódicos y televisión enseñaron los accesos al acuartelamiento dificultados con raíles y sacos de arena, protegidos con nidos de ametralladora. Se veían el muro ampliado y cañones en las cercanías de la fortaleza.

—Esos muchachitos no están solos —era frase repetida en La Habana llena de colores y sonidos, estridencias que incluían las de los carros policiales.

Los supervivientes del asalto suicida estarían en prisión pero la lucha no paraba. Una mañana de calor furioso, en que ya temprano se fundía el asfalto, entré a recoger muestras y pedidos en un comercio muy cercano a la sede del Partido Ortodoxo. No había clientes, reinaba una tranquilidad que permitía escuchar las moscas. El dueño, el señor Vázquez de Ribadeo, se puso a contarme excursiones a las playas de la Mariña con los ojos húmedos de emoción, las manos apoyadas en la vara de medir como si fuera un cayado.

Entonces se precipitó en la tienda un muchacho sudando a chorros, la guayabera pegada a la piel. Sin decir nada, se coló por detrás del mostrador, abrió una puerta entre estantes y desapareció. El señor Vázquez abandonó durante unos segundos nuestra charla refrescante, cantábrica, para colocar delante de la puerta un colgador de trajes con ruedas. Allá quedaron los trajes disimulando y, con una indicación de ojos, Vázquez me hizo ir al mostrador, donde me empezó a discutir las ofertas de Jacques en voz sospechosamente alta.

—¡Aquí, sargento, aquí! —de la calle entraron gritos, uniformes azules y pistolas apuntadas. El comerciante levantó las cejas grises, abrió mucho los ojos claros y fue de nuevo a agarrar la vara con marcas como para defenderse de aquella tropa de pistoleros sudorosos.

Los perros de dos patas, desconcertados, callaban, secándose la frente con las mangas. El sargento, que me desnudó con vista de Superman, preguntó si habíamos visto a un muchacho blanco, con gafas de miope y guayabera caqui. Yo imité gesto de alucinación teatral al estilo de mi paisano. El sargento soltó la pistola en el mostrador y se puso a hojear mi cuaderno. Eso me preocupó; pero enseguida lo dejó y salió blasfemando, tratando de «guanajos de mierda» a unos chicos que se habían arrimado hasta la puerta de la tienda.

Cuando volvimos a nuestro silencio, el señor Vázquez me cogió las manos sobre el mostrador y me miró a los ojos.

—Tú vales, Marianiña: no te tiembla el pulso. Pero algo llevas en el cuaderno que te compromete —me sorprendió su perspicacia—. Tranquila, que los hombres del Ventura son tan analfabetos como él. Sólo saben pegar tiros, arrancar uñas y ojos, y meter corriente eléctrica y ahogar gente... Mira, por si te vieras apurada: todos los comercios del edificio dan al patio, y ahí tenemos los baños —apuntó a la puerta por la que había desaparecido el chico perseguido—. Ya que no podemos con Franco allá, tenemos que poder con el bárbaro de aquí. Hay que seguir arreándole candela, no vaya a pensar que nos paramos porque tienen en el trullo a los del Moncada...

En agosto el señor Jacques me dio la paga y me mandó de vacaciones. Ese año me incliné por Tarará. Con agrado propio de la edad ilusa en que vivía, recordé a Gerardo, el que me había dado lecciones sobre Cuba, España y Canadá un año antes. Recordaba su chaqueta azul marino con botones niquelados, el cuello de la camisa blanca sobre las solapas de la chaqueta, su sonrisa algo cínica.

Mis tías porfiaban por convidarme. Para mejorar la oferta, tía Eugenia me ofreció la habitación de Gladys, ausente porque trabajaba en la asociación de panaderos.

—Y porque tiene un novio con más plata que René —Anisia completó las claves de la nueva situación en referencia al que fuera marido de su hermana.

Me alegré. Gladys era una buena chica. Yo entendía perfectamente que, si un amor se estropeaba, una pudiera buscar otro amor. Lo ideal era un amor para toda la vida, pero no todas las mujeres tenían tal suerte; alguna se casaba engañada, hasta por sí misma. En el caso de mi prima imitadora de la belleza japonesa también había habido traición. Su marido andaba con otras mujeres, y no de paso...

El mar añil, la arena blanca y las palmeras despeinadas eran los de siempre; en apariencia también lo eran el bohío, el club y los chalés, pero bastaba hurgar un poco para ver que los habitantes de Tarará esperaban algo de las elecciones presidenciales anunciadas. Clara, delgada hasta el mínimo de sus redondeces, escultural, me dijo que sus padres le habían prohibido traer a casa compañeros de la universidad, aún de familias conocidas y convenientes para matrimonio; y me habló de «la causa».

Clara y yo fuimos varias veces al club, hasta encontrarnos con Waldo, amigo del Gerardo de mi ilusión. Estaba con Luis, el hijo del alcalde de La Habana, y otros chicos de su estilo nocturno. Las charlas eran de viajes, de cosas del mundo, nada de Cuba. Casualmente en apariencia, Waldo habló de Gerardo, Gerry, que ellos admiraban por sus aventuras. En esos momentos andaría por los territorios del noroeste de Canadá, en una expedición geológica.

—Si todavía no se lo comieron los osos —como me advirtió Díaz-Balart con un mirar taimado.

Me resigné, pues, y dediqué tiempo de las mañanas en el portal del chalé del tío panadero a transcribir notas de mi cuaderno de trabajo a un cuaderno nuevo, dedicado sólo al periodismo. Para ejercitarme, y para mayor secreto, las transcribía en inglés, con abreviaturas de mi cosecha.

También vertí en papel las experiencias de esos días de agosto. Apunté que en el club se hablaba sobre «lo de Moncada» con miedo a calificarlo. Batista se jactaba de tener a los revoltosos tras las rejas, pero entre whiskys los patrones de Tarará desconfiaban de lo que pudiese hacer, incluso en la cárcel, el marido de Mirta.

Mirta era una muchacha de ojos claros, muy pequeñita al lado de Fidel, alias Titín o Alejandro. Se habían casado por la iglesia y habían ido a vivir en un apartamento de la calle B de El

Vedado (apunté «check»: tenía que comprobarlo). El matrimonio vivía de lo que le mandaba a Titín su viejo, metido en los montes de Birán: el esposo de Mirta no podía mantener a su familia porque era estudiante.

La relación de Fidel con los Díaz-Balart siempre había sido mala, y las cosas empeoraron desde que Mirta era una «viuda de vivo», idea que me vino de las lecturas de Rosalía Castro y que inspiró al novio de Esperanza (a quien ya no gustaba ser Jopy).

—Cuántas habrá en el mundo —dijo, filosófico—. Entre las de los marinos, las de los emigrantes, las de los presos... —describió separaciones forzosas de matrimonios mientras en los ojos castaños de su novia, tan grandes, a floraba la pasión.

Se imaginaría casada y sola, sin su José Pedro, alto, recio, aquilino. Pensaría en «tocar el vacío de su amado en la cama», como decían las letras de los boleros...

Terminé apuntes de vacaciones ya en la oficina. Allí me vino a ver Gladys con bolso y portafolios. Me aseguró que Mirta se iba a divorciar, no porque le costara guardar ausencias sino porque Fidel andaba con Natalia, Naty, Revuelta. Eran más que compañeros del Partido Ortodoxo: por las peluquerías de La Habana corría copia de una carta de amor del preso a Naty; había clientas que recitaban párrafos de memoria desde el secador. La tal Naty andaba en la *high life*, salía en las revistas; era una de las grandes beldades de nuestra Jerusalén del Caribe.

A partir del otoño de 1954, parecería que el tiempo se acortara, como si los segundos se hicieran menores y con ellos los minutos, los días, los meses. Cuba vivía en la aceleración hacia un desastre.

Mi trabajo continuaba con mermas. En mi cuaderno volvían cifras de pedido que alarmaban a mis patronos, a pesar del humor de los egipcios.

—En Cuba no hace falta mucha ropa, pero esto tampoco es el Edén —Zacaría mostraba cara de esperanza, porque se quería mantener en «el país del amor»—. Habrá que resistir.

Y resistíamos.

A fines de octubre se casó nuestro primo Gonzalo, *Pelo Bonito*. Lo hizo sin pasar por la iglesia. La ceremonia fue rápida, y hubo una copa de champán en el juzgado. La novia tenía un pelo tan

lindo como él, negro, brillante y de ondas largas. Los dos eran compañeros de trabajo en la administración de los almacenes Sears. Quizás porque estaban esperando la ocasión de saltar a los Estados Unidos, no evitaron los comentarios:

—Lo de las elecciones es una fantochada. Una dictadura no se legitima con elecciones en las que se mete el dictador.

—Franco sí que es honrado —el tío Gonzalo echó leña al fuego—: No las hace porque a un caudillo no hay quien le tosa...

Batista prefería la farsa electoral, el escándalo para quien todavía conservaba de su infancia la idea de las reglas de juego, la decencia de los inocentes. Al general-sargento-indio-mulato-santero se le opuso en principio el ex presidente «normal» Grau Sanmartín, del Partido Auténtico. Iban a contender pero, finalmente, don Ramón Grau abandonó la carrera a la presidencia por «falta de garantías en el proceso». Pidió al Tribunal Electoral un aplazamiento de fecha de la elección. No lo consiguió. El Hombre quedó solo en la contienda, como quería. «No admito la hipótesis de perder frente a Grau», declaró a Bohemia.

Dio orden de actuar a la Guardia Rural. Los guardias entraban en las casas de los opositores y se llevaban las cédulas de votación, libretas con foto y huellas dactilares que todo el mundo guardaba cuidadosamente.

Papá volvió furioso de un viaje de ventas a Matanzas.

—Están dejando sin carros a los que se pueden mover a favor de Grau —nos contó cenando—. A un cliente mío muy bueno, el de La Valenciana, le agujerearon las cuatro ruedas; y a otro gallego, que es ferretero, esos bárbaros le echaron arena en el depósito de la gasolina...

Las instalaciones de la —Havana Business Academy— estaban a siete cuadras de mi casa en el reparto de La Víbora. Al salir de clase, cuando aún había luz, iba caminando entre los dos sitios. Si ya era de noche, esperaba la guagua. A veces me acompañaba en ella un sujeto curioso, uno de los que más protestaron contra las elecciones espurias: Ángel, mulato claro, la ropa repetida.

Aparentemente, no tenía nada que hacer. Licenciado en Derecho, viviría a cuenta de sus padres, estudiaba inglés y se dedicaba a darle la paliza a Batista. Con frecuencia faltaba a las aulas y se sabía que había sido detenido.

Cuando eso sucedía, entraba en acción otro colega nuestro, Pepito para todos, tipo popular, blanco, abogado, bien trajeado, evidentemente rico. Con devoción de compañero leal, se metía por las estaciones de policía hasta rescatar a Ángel.

Ángel volvía a las clases de la HBA y la gente corría a preguntarle qué le había sucedido. Contaba que lo detenían por hacer contactos con personas de la oposición: Rivadulla, Nuiry, Hart, las mujeres martinicas... Describía escenas de maltrato, de hambre y sed tras las rejas, de gritos, de sonidos de torturas.

Pepito arrugaba el ceño y repetía advertencia:

—Ángel, no hables, que cualquier día ya no te puedo sacar del agujero...

Una noche cercana a Navidad subimos a la guagua el perseguido y yo. Él pasaba frío con una camisa que dejaba ver una camiseta. Yo me protegía con el chaquetón de cuero que mamá había traído de Galicia. Agarrados a la misma barra del bus, Ángel se me acercó como buscando calor.

—Mariana, ¿estarías dispuesta a colaborar? —me sorprendió.

—¿A colaborar?

—Para echar abajo la dictadura.

Callé. A los dieciocho años, casi diecinueve, la vida ya me había enseñado a ser cauta. Rebusqué las palabras:

—Mira, ten en cuenta que yo soy española. Las cosas de Cuba me interesan, chico, pero que no tengo por qué meterme en ellas directamente.

—Ya... —Ángel se pasó los dedos por el pelo rizado, torciendo la vista. No me creía.

Aproveché una parada oportuna de la guagua. Bajé. Me abroché el chaquetón y miré el cielo estrellado de invierno. Empezando a caminar sentí un escalofrío, y no por falta de abrigo. Era porque, algún día, tendría que dar el paso definitivo.

EPÍLOGO NECESARIO

Carta a Titín, Alejandro o Fidel escrita por Mariana:

Ya mayor, pero no anciana como tú, sabiéndote vivo y consciente, te mando esta misiva desde el lugar donde escuché que había llegado nuestro triunfo, y que tú lo comandabas.

Desde mi aldea en la Mariña de Lugo, te debo decir que tú eres el único cubano descendiente de gallegos de quien me tengo que avergonzar públicamente, ante los cubanos y el mundo entero. Ustedes —tú y los tuyos— no parecen cubanos, porque llevan una vida haciendo sufrir a sus compatriotas.

A veces vuelve a mi mente una vieja pesadilla. Veo las caras y oigo las voces de criaturas como yo que se entregaron a la causa creyendo que tú eras nuestro garante. Fueron muchísimos (¿sabrías contarlos?) los que perdieron la vida, y muchos de ellos los que cayeron tras la tortura. Algunos escapamos por milagro a las garras de la fiera.

A mí me sacaron de Cuba para que Ventura no me matase después de arrancarme las uñas y los ojos. Esteban Ventura era tan mal cubano como tú llegarías a ser. Ambos hicieron sufrir al pueblo de la Bendita Isla, aunque él no fue falso: esbirro a sueldo de Batista, proclamaba su fidelidad a «El Hombre». Tú fuiste militante del

Partido Ortodoxo y acabaste manejando todo desde tu Partido Comunista de Cuba.

Nos mentiste y acabaste dejando pequeño el desprecio del Mulato Lindo por las libertades de la gente: por lo menos él dejaba que existieran medios de comunicación que lo criticaban; y, aunque pagaba chivatos, no todo el mundo espiaba a todo el mundo como ocurre hoy en la cárcel que te atreves a llamar República de Cuba.

Viejos, tú, yo y el ahijado de Fulgencio de Banes, quizá nos convenga hacer un esfuerzo de memoria, dar nombres e intentar ponerles rostro y comportamiento. Yo trabajé en el 26J a las órdenes de Jesús Montané y José Suárez Blanco (este, desaparecido de la historia amañada de vuestra revolución). Hice de correo para Pardo Llada, Conte Agüero (tu «hermano»), el doctor Carone (otro borrado de la historia oficial), Enrique y Armando Hart... Recogí mucho dinero para las armas que necesitaban en Sierra Maestra; y nunca le fallé a nadie.

Pero tú si nos fallaste, ¿o tengo que recordarte lo que dejó escrito el editor de *Bohemia* antes de suicidarse? Todos te apoyamos con nuestras fuerzas hasta que te quitaste la careta (las barbas que conservas son una anécdota guerrillera). Entonces se produjo el éxodo. Pocos —como el doctor Roa, tan amigo de mi padre— se mantendrían a tu lado.

Bohemia, tu ayuda firme y generosa, dejó de ser un faro de libertades que alumbraba Hispanoamérica desde La Habana, y el cordial Miguel Ángel Quevedo acabó matándose en Miami. De monseñor Pérez Serantes, que miró por nuestras vidas, algo sabemos pero ¿qué fue de los curas que me ocultaron y me orientaron en la huida de La Habana hasta el pie de la sierra? La Iglesia católica apoyó con voluntad al Movimiento que tú encabezabas, y mira el pago que le diste.

Cosas de la vida hicieron que yo no volviese a la Cuba de mis sueños de muchacha. Se retrasó mi retorno, vinieron los hijos y se fueron los padres. Mi viejo querido, revolucionario silencioso y efectivo, fue el primero en írsenos, lamentando como tu revolución torcida destruía patrimonios de los que habían ido a Cuba a trabajar, crear riqueza y empleo. Su lamento no era por las azucareras de los yanquis prepotentes sino por

las panaderías, las tintorerías, las bodegas de los amigos... La incautación del Centro Gallego fue para él un golpe del que nunca se repuso. ¿Por qué nos hicieron tanto mal tú y tus secuaces?

Mi madre nunca quiso saber de la revolución pues la guerra de España ya le había valido para horrorizarse, pero tampoco pudo imaginar que su madre y su hermana mayor morirían en la inmundicia habanera; y que el resto de sus hermanas, y todos los sobrinos, acabarían exiliados en los Estados Unidos. Allá se fueron hasta mis primos militantes del 26J. La destrucción de nuestra familia daría para escribir una saga.

Tú viste demasiada gente como para acordarte ahora de mí, aunque bien me mirabas a la luz cálida del apartamento de El Vedado adonde fui a llevar un aviso de Pepe Suárez. Para qué voy a negar que tu mirada llenó la vanidad de una «galleguita ejemplar», como me llamaste. Mucho habré pensado qué sería de mí hoy si hubiera dado el paso que no di, si me hubiese reincorporado a mi puesto en el Hospital Clínico de La Habana; si hubiera visto desmoronarse todo a mi alrededor sabiendo que el ídolo indiscutible estaba tras las muertes y prisiones de compañeros que se habían «desviado».

Batista mató, pero ¿y ustedes? ¿Quieres nombres de fusilados? ¿Y de presos? Porque los de huidos de tu régimen no caben en los registros; aunque alguno resuene en tu memoria. Por ejemplo, el del pobre Pepe Suárez, veterano indiscutible, participe en el ataque al Moncada. Pensé que un sindicalista como él debía tener sitio en la nueva Cuba, empeñado como siempre en que los obreros pudieran gozar de la vida... pero supe que lo habíais perseguido continuamente y tuvo que salir del país.

«Yo no soy comunista. Mi ideología política es bien clara. Nosotros, antes que nada, sentimos los intereses de nuestra patria y de nuestra América, que también es una patria grande», espero que recuerdes las palabras y a quien las pronunció. Si no, vete a la página 51 del tercer tomo de *Bohemia*, «edición de la libertad», del 1 de febrero de 1959. La tengo marcada. La vi muchas veces a lo largo de los años. Se la enseñé a hijos y nietos.



Destruiste Cuba. Ahora no es de los yanquis pero tampoco de los cubanos. Es exclusivamente tuya y de unos pocos que fueron a caer en lo de siempre, después de mucho criticar a dictadores y sátrapas. Sólo el uniforme verde oliva los distingue a ustedes de sus predecesores.



Mi padre hablaba de abusos y miserias en Cuba desde la independencia. Yo viví la corrupción de Prío Socarrás y el latrocinio de Batista. De jovencita me escandalizó el contraste entre ricos y pobres, la diferencia entre Tarará y Guanabo. Por eso nos alzamos todos —todos, no sólo tú— y luchamos por salvar la patria y dar vida a los humildes, por acabar con el lujo que ofendía viendo a tanto desheredado.

Como decía mi abuela gallega, «por mucho que el demonio cave, todo se sabe» y hoy no puedes ocultar lo que desde lejos sabemos: en La Habana reinan la pobreza y la suciedad; en todo el país hay hambre. El bienestar que conseguimos muchas familias trabajando se convirtió en lujo para los que te rodean. Nos lo confiscaste y se lo entregaste. Nosotros hicimos la revolución contigo y muchos de los que disfrutaban de lo nuestro, no.

En fin: vas a morir solo, como un paria entre los guías del mundo. Y yo me moriré con un peso grande en la conciencia: el de haber ayudado a crecer a un monstruo como tú.

Mariana, mirando al Cantábrico pálidamente azul y quieto en la mañana del 10 de marzo de 2012, sesenta años después de que comenzase lo que nos unió.

GLOSARIO

Agramonte Pichardo, Roberto: sustituto, a la muerte de Eduardo Chibás, como candidato a la presidencia de la República por el Partido Ortodoxo en las elecciones frustradas por el golpe de estado de Batista. Aceptó participar en el gobierno tras la revolución pero abandonó Cuba en 1960, contrariado por el castrismo.

Aixalá Álvarez, Ramón: pionero de la cardiología en Cuba, fundador (1937) de la Sociedad Cubana de Cardiología. Profesional cuyo prestigio superaba los límites del entorno cubano.

Amador Rodríguez, Juan: locutor vocacional, que llegó a ser dueño de la emisora C.O.C.O, de gran influencia en el sistema mediático cubano. Partidario de la libertad de pensamiento, apoyó la causa revolucionaria. Después del triunfo castrista, se opuso al viraje de la revolución y tuvo que exiliarse.

Baeza Flores, Alberto: poeta y periodista chileno, residente en Cuba desde 1939, partidario de la revolución contra Batista. Padre de Elsa Baeza.

«**Batista**» **Zaldívar, Fulgencio:** realmente Zaldívar, pues su padre no los reconoció ni a él ni a sus hermanos. Ascendió de sargento taquígrafo a generalísimo de los ejércitos de Cuba. Fue presidente elegido (1940-1944) y golpista (1952-1958). A su caída se refugió en España. Murió en Marbella (1973).

Batistato: nombre del régimen dictatorial instaurado por Fulgencio Batista durante su segundo mandato. También se le llamó *marzato*, por haberse iniciado en el mes de marzo de 1952.

Bohemia: revista de información general. Se convirtió en la voz de la oposición al presidente Prío Socarras y apoyó la insurrección y la revolución en contra del régimen de Batista. El 26 de julio de 1958 la revista publicó el Manifiesto de Sierra Maestra, documento cuyo propósito fue la unificación de los grupos contrarios y opositores que combatían a Batista. El 11 de enero de 1959, la tirada del primer número edición especial de *Bohemia* después de la revolución fue de un millón de copias, vendidas en pocas horas.

Carone Dede, Francisco: profesor de Derecho, decano de la facultad en La Habana. Muy activo contra la dictadura de Batista, famoso por su defensa gratuita de los perseguidos por el batistato y el uso inteligente del hábeas corpus. A pesar de sus diferencias con Fidel Castro, que fue alumno suyo, no abandonó Cuba tras el triunfo castrista, pero fue condenado al olvido por el nuevo régimen.

Carratalá Ugalde, Conrado: ascendido de vigilante a coronel durante el batistato, fue uno de los represores más crueles al servicio del dictador. Participó en la masacre de la prisión del castillo del Príncipe, disparando su metralleta a mansalva contra quinientos presos políticos.

Castelao, Alfonso (Rodríguez): escritor, pintor, dibujante y político gallego. Muy vinculado a los grandes centros de emigración gallega: Buenos Aires y La Habana.

Centro Gallego: el mayor de los centros regionales españoles de La Habana, por su número de socios (65.000 cuando fue confiscado por el régimen castrista) y por el tamaño de su edificio. La comunidad gallega en La Habana contaba con otras instituciones mutualistas, como hospitales y clubes (La Benéfica, Hijas de Galicia).

Chibás Rivas, Eduardo (Eddy): político cubano. Senador, fundador y presidente del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), caracterizado por denunciar la corrupción del Partido Auténtico y el gobierno. Entre los jóvenes que ingresaron al Partido Ortodoxo atraídos por las ideas de Chibás estaba Fidel Castro. Chibás se suicidó al no poder probar sus acusaciones a un ministro.

Conte Agüero, Luis: periodista, muy popular en toda Cuba durante la dictadura de Batista. Fue un apoyo firme y constante al movimiento fundado por el núcleo más cercano a los Castro, Fidel y Raúl. En sus cartas desde la prisión batistiana, Fidel llama «hermano» a Luis. Con todo, Conte Agüero se exilió al poco del triunfo castrista para, desde Miami, volver sus armas mediáticas contra la revolución. En la actualidad (marzo de 2012) continúa activo en su postura de oposición a Castro.

Cuervo Navarro, Pelayo: jurista de gran prestigio, senador. Víctima principal de la represión que siguió al asalto al palacio presidencial e intento de asesinato de Batista. Su muerte favoreció a la empresa de teléfonos cubana (de propiedad norteamericana).

De la Torre y Peraza, Cosme: político, abogado y militar criollo, que alcanzó grado de coronel en la guerra de independencia contra el gobierno español. Persona de gran prestigio durante los inicios de la República de Cuba, quiso evitar la guerra civil durante el batistato. Falleció intentándolo.

Del Río Chaviano, Alberto: militar batistiano de carrera. Responsable del cuartel Moncada de Santiago cuando fue asaltado por los revolucionarios que dirigía Fidel Castro. Resistió a las columnas rebeldes en el repliegue del ejército hacia La Habana. Se fugó a Santo Domingo pocos días antes de que lo hiciera Batista. Era conocido como el «Chacal de Oriente».

Fangio, Juan Manuel: piloto automovilista argentino, famoso a nivel mundial. Iba a correr el Gran Premio de La Habana cuando lo retuvo un comando del 26J mientras se celebraba la carrera. Cuando fue liberado, declaró: «Me han tratado de un modo excelente... En verdad, tuve las mismas comodidades que si hubiera estado entre amigos... Si lo hecho por los rebeldes fue por una buena causa, entonces, como argentino, yo lo acepto como tal».

Fernández Pinochet, Concepción (Conchita): secretaria de Eduardo Chibás. Muy activa durante la revolución contra Batista, y posteriormente secretaria de Fidel Castro.

Fortuny Rodríguez, Mario: combatiente revolucionario contra Batista. Hombre de aspecto frágil, fue torturado de forma sistemática para que revelase sus conocimientos, fracturándole numerosos huesos. Los torturadores buscaban información sobre amigos significados, como Raúl Roa.

- García García, Pilar:** a pesar del nombre, varón. Capitán retirado, convertido por Batista en coronel. Padre de Irenaldo García Báez, que llegó a segundo jefe del Servicio de Información Militar (SIM). Ambos conocidos por sus atrocidades durante el batistato. Consiguieron huir antes de ser capturados por los revolucionarios.
- García Íñiguez, Calixto:** «general» criollo, que inició su lucha contra la metrópoli en la «guerra del 68» (1868). Autodidacta, aprovechó sus destierros en España (1874-1878 y 1880-1895) para estudiar técnicas de guerra. Murió, sospechosamente, durante un banquete en Washington al poco de acabar la guerra de independencia cubana.
- Gómez Kemp, Ramiro:** cantante, compositor, locutor, actor y escritor de cine, de gran fama en Hispanoamérica. Marido de Velia Martínez, bailarina, cantante y actriz, y padre de Mayra Gómez Kemp, presentadora de televisión. Él y su mujer apoyaron al Movimiento 26J.
- Grau Sanmartín, Ramón:** criollo, hijo de catalán y asturiana, nacido antes de la independencia de Cuba. Médico metido en política, del Partido Revolucionario Cubano Auténtico. Presidente de la República en el período 1944-1948. Se opuso a Batista pero se retiró de la carrera presidencial por falta de garantías. Tras la revolución, vivió recluido en La Habana.
- Guiteras Holmes, Antonio:** político revolucionario, nacido en EE. UU., hijo de cubano y norteamericana, nieto de insurrecto cubano contra España y rebelde irlandés contra Gran Bretaña.
- Hart Dávalos, Armando:** dirigente del Movimiento 26J. En 1957 fue detenido y condenado a varios años de cárcel, pero logró fugarse. En 1958 fue detenido nuevamente y permaneció en prisión hasta el triunfo de la revolución. Fue ministro de Educación de Cuba entre 1959 y 1965 y ministro de Cultura desde 1976 a 1997.
- Hernández Rodríguez del Rey, Melba:** participó en el asalto al cuartel Moncada. Sobrevivió a la operación. Fundadora del Partido Comunista Cubano. Jurista y diplomática. Heroína de la República de Cuba. Se casó con Jesús, Chucho, Montané.
- Iron Beer:** «bebida nacional» cubana. Refresco con sabor a especias de la Isla, claro competidor de la *coca-cola*.
- Lesnik Menéndez, Max:** dirigente de la Juventud Ortodoxa, integrado en la guerrilla revolucionaria. Exiliado voluntariamente tras el

triumfo de la corriente castrista de la revolución. Partidario del acercamiento entre los EE. UU. y Cuba.

Maléter, Pál: coronel, jefe de división acorazada que se pasó a los rebeldes durante la revolución húngara de 1956. Ascendido a general y ministro de Defensa del gobierno revolucionario, cuando fue a negociar con las fuerzas soviéticas, estas lo detuvieron. Fue fusilado.

Mañach Robato, Jorge: escritor, periodista, ensayista y filósofo cubano, autor de una biografía del ídolo independentista José Martí y de numerosos ensayos filosóficos. Estudió en Harvard y París, se doctoró en Derecho y en Filosofía y Letras. Fue catedrático de Historia de la Filosofía en La Habana. Se opuso abiertamente a la dictadura de Batista. Tuvo que exiliarse y retornó a la caída del batistato, en 1959. De nuevo se exilió por oposición al régimen castrista, en 1960.

Martí Pérez, José: héroe mítico de la independencia cubana. Político liberal, pensador, periodista, filósofo y poeta modernista cubano, creador del Partido Revolucionario Cubano y organizador de la «guerra del 95» (1895) contra el gobierno de España.

Masferrer Rojas, Rolando: político partidario de la revolución armada, congresista, dueño de diarios, miembro del Partido Socialista Popular. Participó en la Guerra Civil española como miembro de las brigadas internacionales republicanas. Enemistado con Fidel Castro desde 1947, cuando ambos participaron en un intento de derrocar al dictador Trujillo de la República Dominicana. Entre ellos hubo bofetada (de Masferrer a Castro) y tiros (de Castro a Masferrer). Masferrer perseveró en sus acciones contra el régimen castrista hasta que fue muerto por una bomba-trampa en Miami (1975).

Mestre Espinosa, Goar: empresario cubano de medios de comunicación masivos, propietario del Circuito CMQ, pionero de la televisión en Hispanoamérica. Opuesto a Batista, llegó a amenazar el régimen con «subir» (a Sierra Maestra). El triunfo del castrismo le hizo desvincularse de la revolución y emigró a la Argentina.

Montané Oropesa, Jesús (Chucho): fue militante de la juventud ortodoxa y dirigente del Movimiento 26J. Participó en el ataque al Cuartel Moncada. Estuvo en prisión con Fidel Castro. Tras la amnistía de 1955, actuó clandestinamente en La Habana y se

exilió a México, donde se formó para la guerra de guerrillas. Fue capturado en el desembarco del *Granma* y volvió a prisión hasta el triunfo de la revolución. Fue diputado de la Asamblea Nacional castrista y ministro de Comunicaciones.

Nuiry Sánchez, Juan: dirigente universitario. Participó en las acciones para asesinar a Fulgencio Batista, con el ataque al Palacio Presidencial y la toma de la emisora Radio Reloj. Permaneció en Cuba tras el triunfo de la revolución castrista. Profesor universitario.

Pais García, Frank: hijo de misioneros evangélicos, de la Iglesia de Marín (Pontevedra, Galicia). Luchador revolucionario, Jefe de Acción y Sabotaje del Movimiento 26J en todo el país, pasó a la clandestinidad con el nombre de David. Murió acribillado en la calle a los 22 años. Su hermano Josué, tres años más joven, también revolucionario activo, ya había sido asesinado. Se convirtió en un símbolo de la revolución. Por extrañas razones, en Cuba es llamado «País» cuando el apellido (gallego-portugués) es Pais ('hijo de Paio').

Pardo Llada, José: periodista radiofónico de gran fama. Después del golpe militar de Batista, sus críticas dieron lugar a que fuera arrestado en veintisiete oportunidades entre 1952 y 1958. Apoyó la revolución hasta que, por diferencias con el socialismo castrista, se exiliase en 1961.

Pérez Serantes, Enrique: natural de Tui, formado en el seminario de Orense. Conocido por sus ideas de justicia social, fue nombrado arzobispo de Santiago de Cuba en 1949. Por su intercesión se salvaron muchas vidas de opositores a Batista, comenzando por las de los hermanos Castro, Fidel y Raúl. Apoyó la revolución y permaneció en la Cuba revolucionaria hasta su muerte en 1968.

Prío Socarrás, Carlos: político cubano, presidente de la República por el Partido Revolucionario Auténtico desde 1948. Depuesto por el golpe militar que encabezó el general Fulgencio Batista el 10 de marzo de 1952. Su gobierno se caracterizó por tener fuertes lazos con los EE. UU. Se opuso sucesivamente a Batista y a Castro. Exiliado en Miami, se suicidó en 1977.

Quevedo Pérez, Miguel Ángel: editor y propietario de la revista *Bohemia*, uno de los semanarios de noticias más populares en Cuba e Hispanoamérica, conocida por su periodismo político y sus editoriales. Actuó personal y directamente en contra de Batista,

apoyando al castrismo. Con el triunfo de la revolución y su giro hacia el totalitarismo, dejó Cuba para exiliarse en Miami, donde en agosto de 1969 se suicidó dejando una carta al periodista Ernesto Montaner en la que denuncia errores cometidos en perjuicio de Cuba, que culminaron con el triunfo de Fidel Castro.

Revuelta Clews, Natalia (Naty): figura de la *high-life* habanera. Partidaria de la revolución contra Batista, entró en relación extramatrimonial con Fidel Castro, con el que –supuestamente– tuvo una hija, Alina Fernández (apellido del marido de Naty) Revuelta.

Roa García, Raúl: intelectual y político de izquierda nacionalista. Tras el golpe de Estado de Batista se unió a los conspiradores contra el dictador. Tuvo que exiliarse y retornó a Cuba con la amnistía de 1955. Mantuvo su actitud de rechazo al régimen, colaborando con el M-26J. A la caída de la tiranía, en 1959, fue embajador de Cuba en la Organización de Estados Americanos (OEA) y ministro de Relaciones Exteriores hasta 1976.

Salas Cañizares, Rafael: ascendido a brigadier por Batista. Jefe de la Policía, penetró con su escolta en la embajada de Haití y asesinó a los revolucionarios asilados en ella. Murió en el tiroteo. Batista se libró de un competidor en los negocios con la mafia norteamericana (juego, prostitución y drogas).

Santamaría Cuadrado, Abel: organizador, junto con Fidel Castro, del ataque al cuartel Moncada de Santiago. Fue el encargado de cubrir a Fidel. Hecho prisionero, fue torturado (le arrancaron los ojos) y muerto. Se convirtió en un símbolo de la revolución contra el batistato.

Santamaría Cuadrado, Haydée: hermana de Abel, una de las dos muchachas que participaron en el ataque al cuartel Moncada. Sobrevivió a la operación en la que murieron su hermano y su novio. Fundadora del Partido Comunista de Cuba, ocupó diversos cargos en la administración revolucionaria. Se casó con Armando Hart Dávalos.

Servicio de Información Militar (SIM): formaba parte del sistema represor de la dictadura del «general Batista».

Tabernilla: familia de militares batistianos, que consiguieron huir al caer el régimen. El padre, Francisco, *El Viejo Pancho*, era Jefe de Estado Mayor de Batista. De los tres hijos, Carlos, era jefe de la aviación que ordenó los bombardeos de Cienfuegos y Santa

Clara; Francisco, jefe del cuerpo de tanques, y Marcelo, jefe de los bombarderos del campo militar habanero de Columbia.

Tarará: urbanización de los años 1940 con estilo *art decó*, marina, yacht club, tiendas, cine y parque. Llegó a tener cuatrocientas viviendas, que fueron confiscadas por el gobierno castrista. A partir de la confiscación, fue ocupada por personajes del nuevo régimen, entre ellos Ernesto, Ché, Guevara. Durante los años de relación cubana con la URSS, acogió a los visitantes soviéticos. Actualmente da acogida a personas de negocios de diversos países.

Trujillo Molina, Rafael: dictador de la República Dominicana, que quisieron derribar Fidel Castro y Rolando Masferrer, y que acogió a Batista tras el triunfo de la revolución cubana. Le llamaban «Chapita» por su pasión por las medallas. Murió asesinado en 1961.

Ventura Novo, Esteban: policía que ascendió a coronel al servicio de Batista. Famoso por su forma de vestir y sus atrocidades represoras. Consiguió evadirse de Cuba con Batista, que lo abandonaba. Exiliado en Miami, montó una firma de seguridad, Preventive Security Service & Investigation. Murió en 2001 sin ser molestado por sus múltiples enemigos.